

CUARTA PARTE

EL INTRUSO EN EL JARDÍN

7 MESES DESPUÉS

Recogí un pétalo de mi aparador, lo deje colgando fuera de la ventana, y luego lo observé caer. Un año había pasado. Desde la noche de Halloween, solo había hablado con Taehyung y HyeSun. No había salido. No había visto la luz excepto en la rosaleda. El 1 de noviembre le dije a Taehyung que quería construir un invernadero. Nunca había construido nada... ni siquiera una pajarera o un servilletero en el campamento. Pero ahora no tenía nada más que tiempo y la American Express de papá. Así que compré libros sobre invernaderos, planos y materiales para invernaderos. No quería uno de plástico cutre, y necesitaba que la pared fuera lo suficientemente sólida como para ocultarme a la vista. Lo construí yo mismo en la planta baja detrás de mi apartamento, uno grande que se alzaba todo un kilómetro. HyeSun y Taehyung me ayudaron a hacer todo lo que debía hacerse desde fuera. Trabajaba de día, cuando los vecinos estaban principalmente en el trabajo. Hacia diciembre, estaba terminado. Unas semanas más tarde, sobresaltado por la repentina primavera, hojas amarillentas comenzaron a nacer de las ramas, seguidas por brotes verdes. Alrededor de la primera nevada, todo estaba en flor, las rojas rosas se mostraban bajo el sol invernal. Las rosas se convirtieron en mi vida. Añadí parterres adicionales y macetas, hasta que hubo cientos de flores, una docena de colores y más formas aún, híbridos y rosas trepadoras, pimpollos púrpuras de rosas del tamaño de mi mano extendida, y miniaturas de apenas el tamaño de la uña del pulgar. Las adoraba. Ni siquiera me importaban las espinas. Todos los seres vivos necesitaban protección. Dejé de jugar a videojuegos, dejé de observar vidas en mi espejo. Nunca abría las ventanas, nunca miraba al exterior. Soportaba mis sesiones educativas con Taehyung, luego pasaba el resto del día en el jardín, leyendo o admirando mis rosas. Leía libros de jardinería también. Leer se había convertido en mi solución perfecta, e investigaba sobre los mejores nutrientes, el suelo perfecto. No les echaba atomizadores para los parásitos, sino que lavaba aquellos rosales que los sufrían con agua jabonosa, luego vigilaba contra una nueva invasión. Pero incluso con cientos de flores, era consciente de las pequeñas muertes que se sucedían cada mañana, una a una, en las rosas marchitas. Eran sustituidas por otras, desde luego, pero no era lo mismo. Cada diminuta vida que florecía vivía solo en el invernadero, luego moría. En eso, nos parecíamos. Un día, cuando arrancaba a unas amigas muertas de la parra, entró HyeSun.

—Pensé que te encontraría aquí —dijo. Llevaba con ella una escoba, y comenzó a limpiar algunas hojas caídas.

—No, no lo hagas —dije —Me gusta hacerlo. Esto es parte de mi trabajo de cada día.

—No me cuesta nada. Nunca utilizas tus habitaciones, no hay nada que limpiar.

—Preparas mis comidas. Haces las compras. Compras los nutrientes para las plantas. Lavas mi ropa. No podría vivir del modo en que lo hago sin ti.

—Has dejado de vivir —Arranqué una rosa blanca de una parra.

—Una vez dijiste que temías por mí. No entendí lo que habías querido decir, pero ahora lo hago. Te asustaba que nunca fuera capaz de apreciar la belleza, como la de esta rosa —Se la ofrecí. Fue difícil para mí hacerlo, elegir este premio, siendo consciente de que moriría aún más pronto así. Pero estaba aprendiendo a renunciar. Había renunciado a tanto ya —Esa noche hubo un chico en el baile, le di una rosa. Se puso tan contento y no entendí por qué le daba tanta importancia a una rosa, una estúpida rosa a la que le faltaban pétalos. Ahora lo entiendo. Ahora que toda la belleza de mi antigua vida se ha esfumado, la ansío como el alimento. Una cosa hermosa como esta rosa... casi deseo comérmela, tragármela entera para sustituir la belleza que he perdido. Era igual para ese chico.

—¿Pero no... no intentarás romper el hechizo?

—Tengo todo lo que necesito aquí. Nunca podré romper el hechizo —Gesticulé para que me diera la escoba. Ella cabeceó un poco tristemente, y me la dio —¿Por qué estás aquí, HyeSun? —dije mientras barría. Era algo que había estado preguntándome —¿Qué haces aquí en Busan, limpiando para un mocoso como yo? ¿No tienes familia? —Podía preguntarle porque ella sabía lo de mi familia, que no tenía a nadie más. Sabía que me habían abandonado.

—Tengo familia en mi país. Mi marido y yo, vinimos aquí para ganar dinero. Yo solía ser profesora, pero no había trabajo. Entonces vinimos aquí. Pero mi marido no pudo conseguir su tarjeta verde, así que tuvo que volver. Trabajo mucho para enviarles dinero —Me incliné para alcanzar las hojas con el recogedor.

—¿Tienes hijos?

—Sí.

—¿Dónde están?

—Han crecido. Sin mí. Son mayores que tú ahora, con sus propios hijos a los cuales nunca he visto —Recogí las hojas muertas.

—¿Entonces sí que sabes lo que es no tener a nadie? —Asintió con la cabeza.

—Sí —Me quitó la escoba y el recogedor —Pero soy vieja; mi vida es vieja. Cuando tomé la decisión que tomé, no pensé que sería para siempre. Otra cosa es rendirse tan joven.

—No me he rendido —dije —He decidido vivir para mis rosas.

ooo

Esa noche busqué el espejo. Lo había llevado a las habitaciones del quinto piso, donde lo había abandonado sobre un viejo armario.

—Quiero ver a Jandi —dije. Tardó un rato, pero cuando finalmente se mostró, pareció contenta de verme.

—Cuanto tiempo —dijo.

—¿Por qué el espejo tarda tanto en mostrarte, pero a los demás los veo al instante?

—Porque a veces hago cosas que no deberías ver.

—¿Como qué? ¿Cosas en el baño? —Frunció el ceño.

—Cosas de bruja.

—Ajá. Lo capto —Pero por lo bajo, canturreé —Jandi estaba en el váter.

—¡No es cierto!

—¿Entonces qué haces cuando no puedo verte? ¿Convertir a la gente en ranas?

—No. Sobre todo viajeo.

—¿En líneas aéreas americanas o proyección astral?

—Las líneas aéreas comerciales son problemáticas. No tengo tarjeta de crédito. Al parecer, pagar en efectivo es un riesgo de seguridad.

—Sí, ¿no? Creía que podías simplemente menear la nariz y hacer aparecer un avión o algo así.

—Eso no está bien visto. Además, puedo viajar en el tiempo si lo hago a mi manera.

—¿De verdad?

—Claro. Dices que quieres ir a París a ver Notre Dame. ¿Pero y si pudieras verlo mientras lo construían? ¿O Roma en la época de Julio César?

—¿Puedes hacer eso, pero no puedes deshacer tu hechizo? ¡Eh!, ¿puedes llevarme?

—Negativo. Si fuera por ahí con una bestia, sabrían que soy una bruja. Y a las brujas las quemaban en aquella época. Por eso prefiero este siglo. Es más seguro. La gente hace todo tipo de cosas extrañas, sobre todo en Busan.

—¿Puedes hacer otras cosas mágicas? Dijiste que lamentabas el hechizo. ¿Puedes hacerme algún tipo de favor que lo compense? —Ella frunció el ceño.

—¿Como qué?

—Mis amigos, HyeSun y Taehyung.

—¿Tus amigos? —Pareció sorprendida —¿Qué pasa con ellos?

—Taehyung es un gran profesor, pero no puede conseguir un buen trabajo enseñando... quiero decir otro trabajo que no sea enseñarme a mí... porque nadie quiere contratar a un ciego. Y HyeSun trabaja realmente duro para enviar dinero a sus hijos y nietos, pero nunca los ha visto. No es justo.

—El mundo rezuma injusticia —dijo Jandi —¿Cuándo te has vuelto tan altruista, Jimin?

—Es Mochi, no Jimin. Y ellos son mis amigos, mis únicos amigos. Sé que se les paga por estar aquí, pero son amables conmigo. No puedes deshacer lo que me hiciste, pero podrías

hacer algo por ellos... ayudar a Tae a ver otra vez, y traer a la familia de HyeSun aquí, o envíala a ella allí, al menos durante las vacaciones —Me miró fijamente un segundo, luego negó con la cabeza.

—Eso sería imposible.

—¿Por qué? Tienes poderes increíbles, ¿verdad? ¿Hay una especie de código de bruja que dice que puedes convertir a la gente en bestias, pero no ayudar a las personas? —Creí que eso le cerraría la boca, pero en cambio dijo:

—Bueno, sí. En cierto modo. La cuestión es, que no puedo conceder deseos solo porque alguien lo pida. No soy un genio. Si intento actuar como uno, podría terminar atrapada en una lámpara como un genio.

—Oh. No sabía que hubiera tantas reglas —Se encogió de hombros.

—Ajá. Apesta.

—Así que la primera vez que quiero algo para algún otro, no puedo conseguirlo.

—Insisto, apesta. Espera un segundo —Se estiró y sacó un libro grande. Hojeó unas cuantas páginas —Aquí dice que puedo hacerte un favor si, y solo si, es algo vinculado con algo que tienes que hacer.

—¿Como qué?

—Bueno, digámoslo así, si rompes el hechizo que lancé sobre ti, también los ayudaré. Eso es.

—Eso es lo mismo que decir que no. Nunca podré romper el hechizo.

—¿Quieres hacerlo?

—No. Quiero ser un monstruo toda mi vida.

—Un monstruo con una hermosa rosaleta...

—...todavía es un monstruo —dijo —Me gusta la jardinería, sí. Pero si tuviera un aspecto normal, todavía podría cultivar un jardín —Jandi no contestó. Ojeaba su libro otra vez. Alzó una ceja —¿Ahora qué?

—Quizás no esté todo perdido —dijo.

—Lo está.

—No lo creo —dijo —A veces, pueden ocurrir cosas inesperadas.

Esa noche, cuando me echaba al borde de la cama para dormir, oí un ruido. Puse mis manos sobre mis oídos ya que tenía la intención de no levantarme. Pero entonces oí la caída del cristal, y me puse de pie. El invernadero. Alguien invadía mi invernadero, mi único santuario. Sin vestirme aún, corrí a mi sala de estar y abrí de un tirón la puerta que conducía al exterior.

—¿Quién se atreve a molestar a mis rosas? —¿Por qué dije eso? El invernadero estaba bañado por la luz de la luna y las farolas, más brillante aún por el agujero en uno de los paneles de cristal. Una figura entre sombras estaba en la esquina. Había escogido un mal sitio de entrada, cerca de un enrejado. Este se había caído y yacía en el suelo, con las ramas de rosas rotas, y rodeado por la suciedad —¡Mis rosas! —Arremetí al mismo tiempo que él se abalanzaba hacia el agujero en la pared. Pero mis piernas de animal eran demasiado rápidas para él, demasiado fuertes. Hundí mis garras en la suave carne de su muslo. Soltó un aullido.

—¡Déjame ir! —gritó —¡Tengo un arma! ¡Dispararé!

—Atrévete —No sabía si yo era inmune a los disparos. Pero mi pulsante cólera, que palpitaba por mis venas como fuego en la sangre, me hizo fuerte, me hizo indiferente. Había perdido todo lo que tenía para perder. Si perdiera mis rosas también, yo bien podría morir. Lo lancé al suelo, luego me eché encima de él, forcejeando sus brazos hacia el suelo mientras curioseaba los objetos de sus manos —¿Era esto con lo que me ibas a pegar un tiro? —gruñí, blandiendo la palanca que le había quitado. La sostuve en alto —¡Bang!

—¡Por favor! ¡Déjame ir! —gritó —Por favor no me comas. ¡Haré lo que sea! —Entonces en ese instante recordé mi aspecto. Creía que yo era un monstruo. Creía que molería sus huesos para hacer con ellos mi pan. Y tal vez lo era, y lo haría. Me reí y lo apresé fuertemente con una llave en la cabeza para evitar que luchara contra mí. Sosteniendo sus brazos con mi pata libre, lo arrastré por la escalera, un piso, luego dos, dirigiéndome al quinto piso, a la ventana. Sostuve su cabeza hacia afuera. A la luz de la luna, podía ver su rostro. Me parecía conocido. Probablemente acababa de verlo en la calle —¿Qué vas a hacer? —jadeó el tipo. No tenía idea. Pero dije:

—Voy a dejarte caer, cabrón.

—Por favor. Por favor, no lo hagas. No quiero morir.

—Como si me importara lo que quieres —No iba a dejarlo caer, no realmente. Eso traería a la policía allí, con todas sus preguntas, no podía pasar por eso. Ni siquiera podía llamarlos para que lo detuvieran. Pero quería que él pasara miedo, que temiera por su vida. Le había hecho daño a mis rosas, la única cosa que me quedaba. Quería que se meara de miedo en los pantalones.

—¡Sé que te importa! —El tipo temblaba, no solo de terror, comprendí, sino también porque sufría un bajón. Un drogadicto. Puse mi mano en su bolsillo buscando las drogas que sabía que estaban allí. Las arranqué de allí junto con su licencia de conducir —¡Por favor! —Todavía pedía —¡Déjame vivir! ¡Te daré cualquier cosa!

—¿Qué tienes tú que yo querría? —Se retorció y pensó.

—Drogas. ¡Puedes quedarte con estas! ¡Puedo conseguirte más, todas las que quieras! Tengo muchos clientes —Ah. Un pequeño hombre de negocios.

—No tomo drogas, basura —Eso era cierto. Era demasiado aterrador como para hacer una locura, como salir, si estuviera drogado con algo. Lo empujé más fuera de la ventana. Gritó.

—Dinero, entonces —Mantuve la presión sobre su cuello.

—¿Qué haría yo con dinero? —Se ahogaba, lloriqueando.

—Por favor... debe haber algo —Apreté aún más.

—No tienes nada que quiera —Intentó patearme, para escaparse.

—¿Quieres comida? —Respiraba con mucha dificultad, llorando.

—¿Qué? —Casi perdí mi apretón, pero enterré mis garras más duro. Gritó.

—¿Comida fresca? ¿Quieres a un chico?

—No juegues conmigo. Te lo advierto... —Pero pudo ver mi interés. Se soltó y lo dejé.

—Tengo un hijo.

—¿Y qué con él? —Aflojé mi apretón un poco y entró en la habitación.

—Mi hijo, puedes tenerlo. Solo déjame ir.

—¿Y qué gano con eso? —Lo miré fijamente.

—Puedes tenerlo. Te lo traeré —Estaba mintiendo para que lo dejara marcharse. ¿Qué clase de padre regalaría a su hijo a una bestia? Pero aún así...

—No te creo.

—Es cierto. Un hijo. Él es... apuesto... —Nunca me había sentido atraído por chicos ni curioso por ellos, pero tal vez...

—Háblame de él. Dime algo que me señale que dices la verdad. ¿Cuántos años tiene? ¿Cuál es su nombre? —Él se rio cuando comprendió que me tenía.

—Tiene dieciséis años, creo. Su nombre es Kook. Le gustan... los libros, leer, cosas estúpidas. Por favor, solo tómalo, haz lo que quieras con él. Toma a mi hijo, pero déjame ir —Podía ser cierto. ¡Un muchacho! ¡Un muchacho de dieciséis años! ¿Realmente lo traería él aquí? ¿Podría ser la persona para mí, aquella a la que necesitaba? Recordé la voz de Jandi. A veces, pueden pasar cosas inesperadas, y el hechizo nunca había especificado que necesitaba ser una chica quien terminara con la maldición.

—Con seguridad estará mejor sin ti —le dije. Entonces comprendí que creía eso. Estaría mejor sin él como padre. Yo también lo ayudaría. Al menos, eso es lo que me dije.

—Tienes razón —Lloraba, riéndose —Estará mejor. Entonces cógelo —Me decidí.

—En una semana traerás a tu hijo aquí. Se quedará conmigo —Solo se reía ahora.

—Seguro. Absolutamente. Iré ahora, y lo traeré —Yo conocía su juego.

—Pero no creas que puedes marcharte y no cumplir —Empujé su cara por la ventana otra vez, más lejos que antes. Gritó cuando iba a tirarlo, pero señalé debajo, al equipo de vigilancia en el invernadero —Tengo cámaras por todas partes de la casa para probar lo que has hecho. Tengo tu permiso de conducir, tus drogas. Y tengo algo más —Su cabello era largo y grasiento. Lo agarré por allí y lo arrastré al viejo armario donde guardaba al espejo

—Quiero ver a su hijo. Kook —La imagen en el espejo cambió, de mi grotesca imagen a la de una cama, un chico dormía en ella. La imagen se hizo más extensa. Vi una frágil nuca, una espesa cabellera roja desordenada. Luego su rostro. Jungkook. Era Jeon Jungkook de la escuela, el chico a quien le di la rosa, a quien había observado en el espejo. Jungkook. ¿Podría ser él el chico? Empujé el espejo al rostro de canalla —¿Es él?

—¿Cómo hiciste...? —Ahora dije al espejo:

—Quiero ver la dirección donde está él —El espejo salió a la puerta de un apartamento, luego me mostró el letrero de la calle —No puedes escapar —Se lo mostré —En cualquier parte donde vayas, sabré exactamente donde estás —Miré su permiso de conducir —Jeon Sewoon, si no regresas, te encontraré y las consecuencias serán terribles —¿Las consecuencias serán terribles? Uffffff, ¿quién hablaba así?

—Podría ir a la policía —dijo.

—Pero no lo harás —Lo arrastré de vuelta al invernadero —¿Nos entendemos el uno al otro? —Asintió.

—Lo traeré —Extendió la mano, y comprendí que intentaba recuperar la bolsa de drogas y el permiso de conducir que sostenía —Mañana.

—En una semana —dije —Necesito tiempo para prepararme. Y guardaré esto mientras tanto, para asegurarme de que vuelves —Le dejé ir entonces y él se apresuró en la noche como el ladrón que era. Después de observarlo marcharse, bajé las escaleras casi saltando. Jungkook. Vi a Taehyung en el descansillo del tercer piso.

—Oí la conmoción —dijo él —Pero creí que era mejor dejarlo todo en tus manos.

—Pensaste bien —Yo estaba sonriendo —Pronto tendremos una visita, te necesito para que vayas y compres algunas cosas para que él se sienta cómodo.

—¿Él?

—Sí, Taetae. Es un chico. El chico que quizás romperá el hechizo, quien podría... amarme —Casi me ahogué al decir esas palabras, eran tan desesperadas —Es mi única posibilidad —Él asintió.

—¿Cómo sabes que él es la persona? ¿Por qué un muchacho y no una chica? Creía que eras hetero.

—Porque tiene que ser él, no había entendido que el amor no distingue sexo y el hechizo siempre se refirió a una persona que pudiera amarme, no dijo que una chica —Pensé en su padre, listo para cambiar a su hijo por sus drogas y su libertad. Un auténtico padre se habría negado, incluso si lo detenían. Mi padre haría buena pareja con el suyo —Y porque no importa si no es él tampoco, podríamos ser cercanos como hermanos.

—Ya entiendo —dijo Taehyung —¿Y cuándo vendrá?

—A más tardar en una semana —Pensé en las drogas que aún sostenía en mi mano —Probablemente antes. Tendremos que trabajar rápido. Pero todo tiene que ser perfecto.

—Sé lo que eso quiere decir —dijo Tae.

—Sí. La tarjeta de crédito de papá.

